Antropología Pictocrítica

Eduardo Blázquez Mateos

ACTO 1



Cerca de nosotros, siempre tenemos una primavera por descubrir.

Los Sueños de Akira florecen en armonía plena con el pensamiento de Bachelard.

La vegetación diurna y nocturna de Akira crea múltiples fuerzas para florecer.

En la película Los Sueños de Akira se eleva la iconografía de caminos, caminos de sueños, que impregnan al espectador de pensamientos asociados a la imaginación; desde el sueño soñado, se crea una verdad onírica.

Se sueña antes de contemplar.

Nos curamos mediante sueños, que nos revelan el temperamento onírico de la fidelidad.

ACTO I

La Antropología Pictocrítica, tiene su génesis en un diálogo con la profesora Esther Merino Peral (UCM), desde la necesidad de crear un discurso dependiente del pensamiento de G. Bachelard y G. Durand, para poder elaborar una crítica artística desde el conocimiento de la historia de las artes visuales. Se intentará crear un camino para un nuevo género en los análisis historiográficos, una fusión de conocimiento y conexión empírica onírica.

Al poder contar con el apoyo de la Mitocrítica y el Mitoanálisis, apostamos por la facultad de formar imágenes ensambladas para encumbrar la movilidad de Imaginación. La creación del relato simbólico a través de la pintura en el cine, permite unir el tridente de Durand sobre los regímenes Heroico, Místico y Sintético.

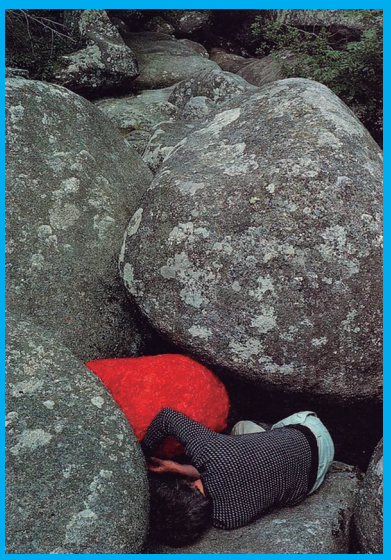
Centrados, en esta ocasión, en las estructuras místicas de lo imaginario, del nido de Bachelard deudor de los nidos de Van Gogh; ambos se unifican y potencian, en su similitud que se imponen a la antítesis para enlazar a Van Gogh con Kurosawa. Los Ssueños de Akira Kurosawa muestran la iconografía de la fidelidad de Kurosawa con Van Gogh, los colores, en ambos, se fortalecen en la representación la Melancolía antropológica.

La materia pictórica de Van Gogh se enfatiza en la película, pintura y antropología potencian y elevan la relevancia de la viscosidad en el ideario de Durand. La furia y la ternura, las texturas contrastadas, se alimentan de la fábula y de los cuentos teatralizados en Japón.

Las tinieblas se suavizan en la Noche.

En los círculos del cielo y de la noria se dinamiza el itinerario de la vida y de la muerte. Los colores, en libertad, se adentran en el simbolismo semántico y en la alegoría que, en Van Gogh y Kurosawa, se apoyan en el intimismo eterno y exalta la dignificación de los objetos poetizados; entre la representación y la percepción, Kurosawa glorifica el paisaje para construir una iconografía cíclica de la Naturaleza.





ACTO II

Pensamiento aéreo/uterino.

Eterno silencio en los jardines renacentistas italianos. Espacios simbólicos con acciones abstractas, con Alegorías avanzadas en el interior del viajero, lector-paseante con necesidad de florecer ante los jeroglíficos delimitados por los recodos idílicos de los úteros en flor.

Elegir la libertad, celebrar la ofrenda. Silencio uterino.

El narrador deambula entre/desde los jardines, estudia los parámetros en el marco de la Antropología Pictocrítica, género nuevo con espíritu museístico que analizamos en 1993, en un viaje inolvidable a Italia.

Las alegorías mitológicas, tanto en personajes como en paisajes, conducen a un conocimiento transversal que ensambla el imaginario de Bachelard con el jardín humanista; desde la victoria de los militares del Renacimiento, las consecuencias de sus conquistas ostentosas se reflejan en los paraísos florales museísticos interiores.

¿Cómo casarse con un jardín épico? Amando los libros, arropando a los perros, visitando las grutas uterinas, celebrando banquetes con Ariadna, adoptando al centauro Quirón, abrazando a Dafne, besando las aguas vivas de las Ninfas: mis Náyades.

Con el corazón puro de los unicornios de Parma, los caballeros andantes rastrean las fuentes del parnaso giratorio; entre diversificados estanques, entre las rosas de Afrodita-Venus, las rosas aisladas generan soledad.

¿Cuándo se unirá Penélope con Polia?

Entre Jazmines azules, con olor a isla, veo a los ensoñadores entre velos, bailando la danza de la antorcha, himno a Prometeo, se alimenta la flor del alma con el furor.

Bajo la trenza rubia por la rosa solar, feminizado, asomado/sentado en el alféizar, necesito la luz de Venus para morir de sed.

Roleo de mechón rubio, herencia maternal que me permite trenzar una guirnalda de flores en mi interior.

Junto a mi única fuente, solo quiero mi fuente blanca, visito el torneo de Clarisa Orsini entre las orquídeas de Virginia. Jardín de Ninfas con inmensas criptas, grutas invisibles que unifican los espacio de Bóboli con Bomarzo.

Existencia de amor puro en mis recuerdos.

Escoltado por los magnolios, se presenta la gruta interior de Bernardo Buontalenti que, entre la petrificación de musgo, permite la evocación volcánica para remitir a Pirra y Deucalión. El proceso de evolución y mutación se alimenta de la sangre de Urano y de la espuma del mar. Llega Tiberio a la escena.

Se descubre una tumba, se trata de dos caninos abrazados.



Telón de Boca: en Bomarzo se escucha el himno al perro de Ariadna, caverna invisible pintada por Adonis, el gran amante de perros.

Adorar a sus perros lleva al cenit, para iluminar al soleado Apolo.

Franciotto Orsini rastrea el amor verdadero para arrojar la triple luz a su nieto Vicini, emblema gótico que se alimentó de esfinges.

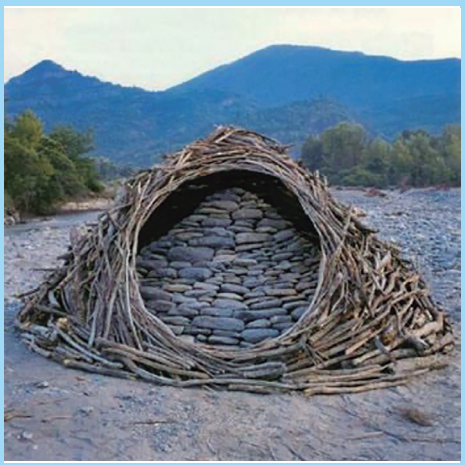
Rosas rojas, negras y amarillas. Levanto el velo para descubrir el amor de Vicino por Lorenzo el Magnífico, idealizado, entre la clave pagana y platónica, Vicino sueña con Lorenzo, ambos, en el lecho imaginado, se besas evocando a Adriano.

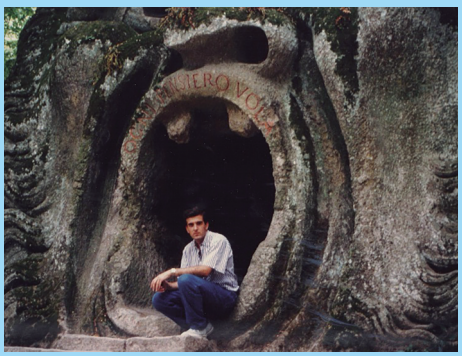
¡Qué imprecisión!

Encaramado de perlas, el paseante observa al Andrógino de Bomarzo en una gigantomaquia que, en parte, remite al acto de amor de Anteo y Hércules. Al tratarse de un itinerario poético, se advierte entre el Gigante y el Andrógino una analogía con una montaña desdoblada en un mensaje telúrico.

¿Se está separando la Tierra del Agua?

Salvaje, en metamorfosis, el paseante advierte el cambio incesante de la luz fugaz e incandescente; ante La Gruta de la Verdad, se puede volar al interior del vientre.





ACTO III

GOTA CERÚLEA de Hércules y Anteo.

Anteo bebe la gota cerúlea de Hércules.

El vigor físico de Hércules se potenció con su vigilancia de jardines. Entre sus representaciones, destacamos las imágenes en lucha con Anteo, escenas que, en el Renacimiento italiano, traducen un ballet (pleno ballet humanista, pas de deux), Hércules le apresa en la cima del éxtasis, ensamblando los cuatro elementos, aunque dominan la Tierra y el Aire.

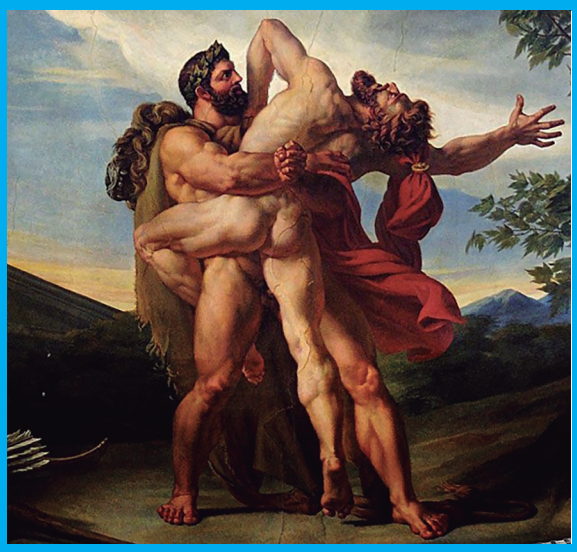
Heracles/Hércules muestra su violencia en el marco de la metamorfosis, escenas de vida y muerte que se coronan con el éxtasis dionisíaco, desplazando lo apolíneo en el itinerario antropológico que se alimenta de la disolución de lo divino en lo pagano, en la explosión de un tormento errante. Frente a sus acciones de guerrero bestial, Hércules protege el jardín de la Hespéride, sus giros, su espuma en la barba, su capacidad para aliarse con los vientos y elevar/llegar a altos vuelos que deleitan a Píndaro, permite renovar para regenerar; se adentra en la clave alegórica, una interpretación que une el neopetrarquismo con en el anhelo de deseo que, sin necesitar una carta celeste de Dante, está circunscrito a la acción de lo verticalidad, de la ascensión.

ACTO IV

Contemplar la Contemplación

El Caminante/contemplador de un Mar de Nubes, de Caspar David Friedrich, de1818, se sitúa en la cima, flotando, las nubes ocultan lo terrenal para dar una vuelta por la soledad itinerante; cubierto de nubes, sin vacilar, los sueños del caminante vuelan en una actividad imaginaria que permite al escritor liberar su espíritu, al extender el alma, conquista el sueño estrellado de Van Gogh para lavar la niebla, para solearla de luz apolínea.

Ante la unión de las nubes con la niebla, el paisaje alegórico nos alimenta (abismo romántico ilimitado), pero recuperamos las atmósferas de Leonardo da Vinci; Il Moti del italiano se confirma en este cuadro; me enamoré de Leonardo, soy leal a sus movimientos internos del alma que se traducen en una naturaleza inundada de misterios, de enigmas que Friedrich recupera magistralmente.





La Noche cerúlea arropa la soledad del coreógrafo de nubes, islas-nubes que derivan en los círculos revelados en el cielo-espejo del Romanticismo.

Ilusionismo celeste de Anteo amplía la dimensión hercúlea y aérea.

Proyectad el cielo en la tierra, mientras el jardín se convierte en el espejo-mapa de un juego inventivo de deseos celestes.

Se generan ideas aéreas para deleite del telúrico Romanticismo del Nocturno que, desdoblado, se bloquea y se desbloquea dependiendo de los conocimientos y las ensoñaciones regidas por la Contemplación de las contempladoras, almas feminizadas que se descubren en el nacimiento de los astros, en el interior hercúleo de la madre Naturaleza.

ESAS CONTEMPLACIONES EN LAS QUE LAS ALMAS SALEN DE LA CRISÁLIDA TERRENAL PARA VOLAR A LUGARES MÁS PUROS...







No me puedo separar de Leonardo, de su teoría de las manchas, de sus inquietantes interpretaciones de las nubes.

¿El Caminante es Leonardo da Vinci? Preguntemos a Coleridge.

Una de mis estrellas de nubes, en el cielo/mapa del lienzo, me descubre a las Pléyades, descendientes de Atlas y de la ninfa marina Pléyane, nacidas en el monte Cilene, se desplazan veladas con la llegada del Amanecer, contemplación de un umbral giratorio. Las nubes conforman los umbrales de los descendientes de Ares, el padre del Caminante en el Más Allá.

Las Pléyades, dentro de la noche interior, brillan en el alma del contemplador, un caminante vestido de Niké, victoria alada de una nave vikinga que alimenta las sustancias celtas de los sedimentos de las estrellas ajardinadas en el cielo que, cada noche azul, conforman las coreografías de las nubes que, en un mar sin rumbo, alimentan la nave alada de Atlas.





Las Pléyades, bailarinas en el jardín de Pratolino de Giambologna, descubren la mirada del contemplador de Friedrich que, alimentado del phatos de las nubes, se amamanta de las diminutas olas de los ríos, aguas embalsamadas en las cortezas de la hayas plateadas.

¡Mírate! ¡Mírame!

El tormento del caminante fortalece las corazas del Caminante, caparazones del musgo de Flora, eje de las formas de la forja de Vulcano que, entre tifones, arrastran al baile interior del guerrero platónico.

Desterrado, me alimento de las luces de la lenta Noche, estremecido, investigo nuevas formas de la naturaleza; me llega el murmullo de las nubes, nubes que viajan sin traer consuelo, sueños ya primitivos que me llevan a una nueva génesis, quiero despertar en el regazo de abuela.

Pálidas nubes de leche, inseparables de mis dinámicos ideales edénicos.

Desterrado del mar de nubes por el Caminante, me reúno con mis estrellas para preparar mi nuevo itinerario, arrastrado, veo la silueta del caminante, una sombra poetizada por el expresionismo alemán, extraña silueta elegante gracias al bastón-cetro, taciturno reino de Plutón.

Tiemblo, palidezco, me velo. He desaparecido en el mar de nubes, quiero perpetuarme en una gota cerúlea entre los pucheros de mis ancestros.

Apresurado, alargo mis dedos, estilizo mi silueta para rememorar la materia nocturna del ideario romántico. Leo a Coleridge, sanador sempiterno.

La gota adopta la forma de una estrella, miro un dibujo de Miró, con una herida pintada de Picasso.

¿Caminante, quién eres?
¿Eres un hijo de Plutón?

El mundo al revés, invertida la niebla y el humo coloreado por la tragedia.

Las nubes me aíslan de la tierra, recupero la dimensión aérea, no seré Proserpina, jamás.

Mi caída no se corresponde con Faetón, mi descenso es el de una luciérnaga de mar, sin el mar de nubes.

Nubes, amasadoras como el pan primitivo, nubes chorreantes de gotas azuladas, zoomorfismo de Klein.

Quiero ser una nube desde la visión de una niebla que se alimenta de un manantial puro.

Quiero acariciar las nubes en mi cuento de niñez, tamizadas, me adentro en las hilanderas.

La Aurora, el Día y la Noche, las tres alegorías de la película Las Horas, tejen el aire azul que, entre los copos de las oquedades del algodón celeste, iluminan la penumbra y la solumbra de las tinieblas del bosque de color.

EPÍLOGO: EL CAMINO, encuentro del más allá con el más acá.

Ascenso al Eclipse eterno desde el Régimen Nocturno de van Gogh y Kurosawa.